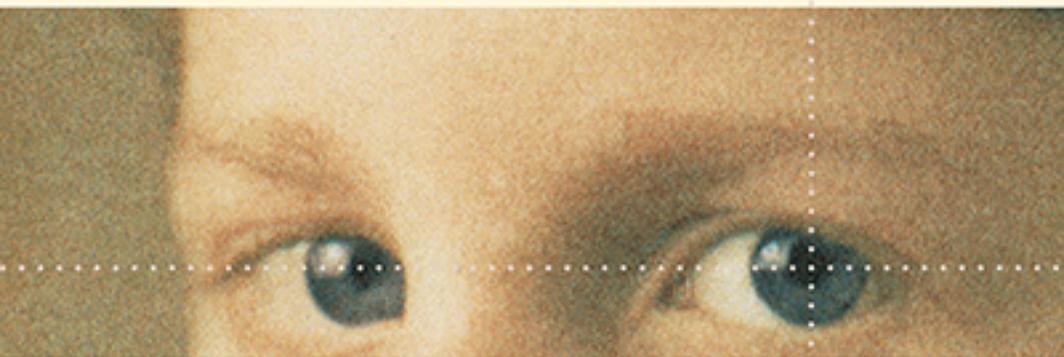


JOHANN CHRISTOPH ARNOLD



EN BUSCA DE PAZ

APUNTES Y
CONVERSACIONES
EN EL
CAMINO

TRADUCCIÓN DE JUAN SEGARRA PALMER

En busca de paz

Apuntes y conversaciones en el camino

Johann Christoph Arnold

Traducción de Juan Segarra Palmer



Editorial: Plough Publishing House

Publicado por Plough Publishing House
Walden, Nueva York
Robertsbridge, Inglaterra
Elsmore, Australia
www.plough.com

Título del original: *Seeking Peace*
©1998 por Plough Publishing House
Traducido del inglés por Juan Segarra Palmer
©2015, 2000 por Plough Publishing House
Todos los derechos reservados.

El uso autorizado de citas bíblicas, es de La Biblia de las Américas

© 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation.

El uso de otras citas bíblicas será indicado.

Cover photograph by Paul Clancy/Graphistock

El pasaje de Dale Aukerman, páginas 108–110,
apareció en *The Brethren Messenger* en abril de 1998;
reproducido con permiso del autor.

PRINT ISBN: 978-0-87486-907-1

PDF ISBN: 978-0-87486-000-9

I

Buscando la paz

En tiempos malos
lo que nos queda es la esperanza.

Refrán irlandés

Buscando la paz

Vivimos en un mundo sin paz. Se habla constantemente de paz, pero la hay muy poca. Tan poca que cuando hablé con un amigo íntimo sobre este libro, él insinuó que escribir sobre ese tema era no sólo ingenuo sino hasta un tanto perverso.

Nadie negará que la violencia afecta la vida pública en el globo entero, desde lugares candentes como Chiapas, Irlanda del Norte, Timor Oriental, Iraq e Israel/Palestina hasta las calles de nuestras decrepitas ciudades americanas. También en la vida personal, aun en las zonas residenciales más tranquilas, la falta de paz está a la orden del día: en la violencia doméstica, en las adicciones dañinas y en las destructivas tensiones que fragmentan nuestras empresas, escuelas e iglesias.

La violencia se esconde detrás de las fachadas más respetables en nuestra sociedad. Se encuentra en las turbinas de la avaricia y del engaño, de la injusticia racial y económica que impelen a nuestras instituciones financieras y culturales. Se encuentra en la infidelidad que puede corroer hasta al mejor de los matrimonios “cristianos”. Se encuentra en la hipocresía que insensibiliza la vida espiritual y le roba credibilidad a las más devotas expresiones de la religión.

Desde el punto de vista puramente humano, puede parecer de mal gusto escribir un libro sobre la paz. Sin embargo, la ausencia de paz clama al cielo. La paz es uno de los anhelos más profundos del corazón. Llámesele como se quiera: armonía, serenidad, integridad, mente sana—la paz es un deseo de cada ser humano. A nadie le gusta tener problemas, dolores de cabeza, angustias. Todo el mundo quiere paz—estar libre de ansiedades y dudas, de violencia y de división. Todos queremos estabilidad y seguridad.

Hay personas y organizaciones, como por ejemplo el Movimiento Internacional de Reconciliación, que concentran su trabajo en la paz mundial. Su meta es lograr la cooperación política en el plano internacional. Otros grupos, como *Greenpeace* (Partido Verde), tratan de promover la armonía entre los seres humanos y otros seres vivientes, y aumentar la conciencia de nuestra interrelación con el medio ambiente.

Hay quienes modifican su manera de vivir para buscar la paz: cambian de carrera, se mudan de la ciudad a las afueras (o de las afueras al campo), reducen sus gastos, simplifican de alguna manera sus vidas. Por otra parte, un joven de mi comunidad regresó del extranjero hace poco, tras derrochar dinero y darse a una vida promiscua. Ahora dice que solamente anhela “poder despertarme por la mañana y estar en paz conmigo mismo y con Dios”. Otros parecen sentirse satisfechos con las vidas que llevan; complacidos, dirán que no andan en búsqueda de nada. Sospecho, sin embargo, que, en su fuero interno, ni siquiera estas personas viven en perfecta paz. Mientras trabajaba en este libro, me topé con un anuncio que mostraba la fotografía de una mujer en un muelle. Reclinada en una silla de patio, la mujer contemplaba un pintoresco lago al atardecer. El anuncio dice: “Empleo maravilloso. Hijos hermosos. Matrimonio perfecto. Y la persistente sensación de un vacío absoluto”. ¿Cuántos millones comparten su inexpresado temor?

Todos buscamos, de alguna manera, la vida que el Creador quiso para nosotros: una vida en la que reine armonía, alegría, justicia, paz. Cada uno de nosotros ha soñado con una vida donde no exista dolor ni tristeza, una vida que fuese el Edén perdido por el cual, como dice la Biblia, gime la creación entera.

Tan antiguo como universal es este anhelo. Hace miles de años, el profeta hebreo Isaías soñó con un reino pacífico donde el león moraría con la oveja. Y, a través de los siglos, por oscuro que fuese el horizonte o sangriento el campo de batalla, hombres y mujeres han encontrado esperanza en esa visión.

El activista antiguerra Philip Berrigan fue enjuiciado y condenado por cometer actos de desobediencia civil en un astillero de Maine. Mucha gente repudió sus actos. El propio Phil reconoció que, desde muchos puntos de vista, tales actos “constituían un teatro del absurdo”. Pero añadió que, antes que morir “en una playa”, preferiría pasar el resto de su vida en prisión por sus convicciones. ¿Cuántos de nosotros podemos decir lo mismo? A los casi ochenta años, Phil continúa infatigable en su campaña contra la industria de armamentos nucleares, y lo hace con un vigor tal que casi nos hace olvidar la edad que tiene.

Al Bruderhof, mi propia comunidad, se le ha acusado a menudo de haber perdido contacto con la realidad. Sí, es cierto, hemos abandonado el camino a la felicidad tipo clase media—la casa propia, la carrera lucrativa, la cuenta bancaria, y el plan de ahorros destinado a asegurar una educación universitaria para los hijos y una jubilación acomodada—para tratar de vivir en comunidad a la manera de los primeros cristianos. Nos esforzamos por vivir una vida de sacrificio, de disciplina y de servicio mutuo; es una vida en paz, pero no paz como la da el mundo.

¿Qué es la paz? Y ¿cuál es la realidad? ¿Para qué vivimos? ¿Qué queremos dejarles a nuestros hijos y nietos? Aun cuando seamos felices, ¿qué quedará después del matrimonio y de los hijos, del automóvil y del empleo? La “realidad” de un mundo armado hasta los dientes, lleno

de odio de clase y de rencores familiares, de antipatías y chismes, de ambición egoísta y de desdén, ¿será ésa la “realidad” que dejamos como legado? ¿O existe más bien una realidad mayor desde la cual el poder del Príncipe de la paz lo vence todo?

En las páginas que siguen, me he cuidado de aducir ingeniosas y elegantes tesis o argumentos en apoyo de la búsqueda que propongo. En cualquier librería se consiguen manuales espirituales que nos enseñan cómo conducirnos. Pero he aprendido por experiencia que la vida nunca se presenta tan ordenada. Es, al contrario, a menudo muy desordenada. De todos modos, cada lector se encontrará en una etapa diferente de la búsqueda. Por otra parte, este ensayo no trata de analizar la raíz de la ausencia de paz. Abordar tal tema permitiría llenar todo un libro, pero sería desalentador. Mi propósito, sencillamente, es señalar estribos que hagan más seguro el camino y ofrecer un poco de esperanza para que mis lectores sigan buscando la paz.

II

Significados

Sólo cuando hayas logrado la paz en tu fuero interno, podrás hacer la paz en el mundo.

Rabí Simcha Bunim

Significados

El lenguaje de la paz inunda nuestra cultura: impreso en las tarjetas de Navidad, inscrito en los marcapáginas, grabado en los carteles, bordado en las toallas—lo vemos por doquier. Y también lo oímos: tan trilladas son frases como “paz y buena voluntad” que han sido reducidas a expresiones triviales, a lugares comunes. En la correspondencia, muchos terminamos nuestras cartas personales con “Paz”. A otro nivel, los gobiernos y los medios de comunicación hablan de “fuerzas pacificadoras” armadas hasta los dientes, y destacados en zonas desgarradas por la guerra. En las iglesias, ministros y sacerdotes concluyen los servicios con un “Vayan en paz”, que aunque sea una bendición, a menudo suena más bien como una despedida—hasta el próximo domingo.

Muhammad Salem Agwa, destacado imán (maestro islámico) de la ciudad de Nueva York, señala que los musulmanes se saludan con las palabras Salaam alaikum. Sin embargo, dice que entre ellos también, tanto se usa el saludo de paz que se ha convertido en un hábito, y al caer en él, la responsabilidad mutua que ese hábito significa no se tiene muy en cuenta: “Yo uso Salaam alaikum como un saludo diario, pero no significa solamente ‘Buenos días’ o ‘Buenas tardes’. Significa más: ‘La paz y bendición de Dios sean contigo’. Cuando digo esto, siento que tú estás en paz conmigo y yo contigo. Te estoy ofreciendo una mano de ayuda. Vengo a darte la paz. Y, mientras tanto, hasta que nos volvamos a ver, significa que le ruego a Dios que te bendiga, que tenga misericordia de ti y fortalezca mi relación fraternal contigo”.

¡Qué diferente sería el mundo si de verdad estuviéramos en paz con cada persona que saludamos durante el curso

de un día, si nuestras palabras no fueran tan sólo cortesía sino que surgieran del corazón. En realidad, según nos señalan incansablemente los ateos, pocos conflictos han causado tanto derramamiento de sangre a lo largo de la historia como nuestras incesantes disputas por diferencias religiosas. No en balde los antiguos profetas suspiraban: “Han descarriado a mi pueblo diciendo: Paz, paz, cuando no hay paz”.

La paz como ausencia de guerra

Para muchos la paz significa seguridad nacional, estabilidad, el orden público. La asocian con educación, cultura, deber cívico, salud y prosperidad, comodidad y tranquilidad. Es la buena vida. Ahora bien, ¿pueden todos compartir una paz que se funde en eso y en nada más? Si para unos pocos privilegiados la buena vida significa opciones ilimitadas y consumo excesivo, los demás, lógicamente, tienen por lo tanto que trabajar como esclavos y sufrir una pobreza agobiadora. ¿Se le puede llamar paz a eso?

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial mi abuelo, Eberhard Arnold, escribió lo siguiente:

¿Es suficiente el pacifismo? No creo que sea suficiente. Cuando bajo el nuevo gobierno de Hitler han matado a más de mil personas injustamente, sin juicio, ¿no es eso ya guerra?

Cuando en los campos de concentración les han robado la libertad y despojado de toda dignidad humana a centenares de miles de personas, ¿no es guerra eso?

Cuando en Asia millones de personas mueren de hambre mientras en Norteamérica y otros lugares se almacenan millones de toneladas de trigo, ¿no es guerra eso?

Cuando miles de mujeres prostituyen sus cuerpos y arruinan sus vidas por el dinero, cuando millones de abortos ocurren cada año, ¿no es guerra eso?

Cuando hombres y mujeres y niños se ven obligados a trabajar como esclavos para a duras penas proveer de leche y pan a sus hijos, ¿no es guerra eso?

Cuando los adinerados viven en mansiones rodeadas por parques mientras que en otros vecindarios hay familias que tienen que compartir un solo cuarto, ¿no es guerra eso?

Cuando una sola persona acumula una cuenta bancaria enorme mientras que otras ganan apenas lo suficiente para sus necesidades básicas, ¿no es guerra eso?

Cuando conductores de automóviles irresponsables causan miles de muertes por año, ¿no es guerra eso?

No estoy de acuerdo con un pacifismo que sostiene que no habrá más guerras. Tal afirmación no es válida. En todas partes hay guerras—siguen hasta el día de hoy...No puedo apoyar un pacifismo cuyos representantes se aferran a las mismas causas que originan la guerra: la propiedad privada y el capitalismo. No tengo ninguna fe en el pacifismo de hombres de negocio que apabullan a sus competidores, o de hombres casados que no pueden ni siquiera vivir en paz y amor con sus esposas.

Prefiero no usar la palabra “pacifismo”—soy un defensor de la paz. Jesús dijo: “Bienaventurados los pacificadores”. Si de veras deseo la paz, tengo que representarla en todos los ámbitos de la vida.

En términos políticos, la paz toma la forma de acuerdos comerciales, arreglos y tratados de paz. Tales tratados son poco más que frágiles equilibrios políticos negociados en un ambiente sumamente tenso. A menudo siembran semillas de nuevos conflictos peores que los que pretendían resolver. Hay muchos ejemplos, desde el Tratado de Versalles, que terminó la Primera Guerra Mundial pero atizó el violento nacionalismo que precipitó la próxima guerra, hasta la Conferencia de Yalta, que terminó la Segunda Guerra Mundial pero alimentó las tensiones que llevaron a la Guerra Fría. Los ceses al fuego no ofrecen garantía alguna de que terminará el odio.

Todo el mundo está de acuerdo con que la paz es la respuesta a la guerra, pero, ¿qué clase de paz? Escribe el Rabí Cohen:

La oscuridad es la ausencia de la luz, pero la paz no es solamente el cese de las hostilidades. Se puede firmar tratados, intercambiar embajadores y mandar los ejércitos de vuelta a casa, pero aun así puede ser que todavía no haya paz. La paz es metafísica y cósmica en sus consecuencias. De hecho, la paz no es la ausencia de guerra sino la máxima afirmación de lo que puede ser.

La paz en la Biblia

Una manera de examinar los significados más profundos de la paz es ver lo que dice la Biblia al respecto. Tal vez el Antiguo Testamento no tenga concepto más rico en significado que el de *shalom*, la palabra hebrea para “paz”, difícil de traducir debido a la profundidad y amplitud de sus connotaciones. No se limita a un solo significado, puesto que también podría traducirse como plenitud, solidez o integridad. Se extiende mucho más allá de lo que comúnmente entendemos por la palabra “paz”.

Shalom significa el fin de la guerra y del conflicto, pero también significa amistad, bienestar, seguridad y salud, prosperidad, abundancia, tranquilidad, armonía con la naturaleza, y hasta salvación. Y significa estas cosas para todos, no sólo para unos pocos electos. En última instancia, *shalom* es una bendición, un don de Dios. No es un intento humano. Se aplica al estado del individuo pero también a las relaciones interpersonales e internacionales, y entre Dios y el ser humano. Además, *shalom* está íntimamente ligado a la justicia porque es el disfrute o celebración de relaciones humanas que de injustas han sido transformadas en justas.

Howard Goeringer, en su libro *He Is Our Peace* (Él es nuestra paz), ilustra un significado aún más radical de *shalom*: el amor al enemigo.

En el año 587 A. C. el ejército babilonio invadió Judea y se llevó rehenes de Jerusalén al exilio. Bajo esas circunstancias difíciles fue que Jeremías escribió estas palabras extraordinarias: “Buscad el *shalom* de la ciudad donde os he enviado al exilio e implorad al Señor por ella: en el *shalom* de ella tendréis vuestro *shalom*”. Los refugiados se vieron obligados a vivir en el exilio mientras observaban el colapso de su

cultura judía. Odiaban a sus apresadores, anhelaban regresar a su patria y resentían la falla de Dios en no salvarlos—no podían creer lo que Jeremías les decía. Este alocado hombre de Dios les exhortaba a amar a quienes les habían capturado, tratar bien a sus enemigos y rogar al Señor que bendijera a sus perseguidores con *shalom*.

Como era de esperarse, la carta de Jeremías no fue popular; no fue un best-seller. Los afligidos rehenes no podían entender de qué manera su propio bienestar y el de sus apresadores estaban inseparablemente vinculados. Nada más que pensar en servir con espíritu de bondad, cuidar a sus enfermos, enseñarles juegos judíos a sus hijos o trabajar una hora extra para quienes les habían puesto en cautiverio—¡eso era una tontería!

Goeringer tiene razón: a menudo la paz de Dios parece ser algo completamente irracional, no sólo a los ojos de los sensatos de este mundo, sino también de la mayoría de la gente religiosa.

La paz es uno de los temas centrales del Nuevo Testamento también, donde se usa mayormente la palabra griega: *eirene*. En su contexto bíblico, *eirene* se extiende mucho más allá de su significado de “descanso” en el griego clásico, e incluye muchas de las connotaciones de *shalom*. En el Nuevo Testamento, el Mesías Jesús es portador, signo e instrumento de la paz de Dios. Pablo dice que Cristo es nuestra paz. En él se reconcilian todas las cosas. Por eso su mensaje se llama el evangelio de la paz. Es la buena nueva del reino venidero, del Reino de Dios, donde todas las cosas caen en orden.